

menso gentío. De aquella manera era como cada año aquellas cornejas de mal agüero se llevaban de París veinte mil niños, sin volverse a ver. No bastaba que se malbaratase la simiente humana, lanzada por el placer en el arroyo, no bastaba que la cosecha fuese recolectada malamente, que hubiese el vergonzoso descrédito de abortos e infanticidios, era preciso todavía que la cosecha viviente fuese colocada de mal modo en el granero, de manera que la mitad se encontrase destruída, aplastada, muerta. Continuaba el descrédito, llegaban de todas partes, ladronas y asesinas olfateando el lucro, llevándose lejos todo lo que podían contener sus brazos de vida naciente, para matarla. Eran las ojeadoras, acechaban las puertas sintiendo desde lejos la carne inocente. Y rodaba el acarreo hacia las estaciones, vaciaban las cunas, las salas de los Hospitales y Casas de Maternidad, cuartos ambiguos de las comadronas, los antros miserables de las paridas sin pan y sin hogar. Todos los fardos se amontonaban, expedidos y distribuidos hacia lo desconocido, hacia la muerte inconsciente o voluntaria. Del mismo modo que habían sido sembrados malamente, mal cosechados, tenían que ser mal nutridos también aquellos pequeñuelos. Y de allí venía el monstruoso descrédito, de quitarlos a la madre, única nodriza cuya leche podía darles vida. Una oleada de sangre afluyó al corazón de Mateo, cuando de pronto pensó que Mariana, fuerte y sana debía esperarle en el puente del Yeuse, en medio de la vasta campiña con su Gervasito al brazo. Despertábanse en su memoria algunas cifras que él había leído. Para algunos de los departamentos que se dedicaban a la industria de la crianza, era la mortalidad de los niños en un cincuenta por ciento; para los menos el cuarenta, y para los más el sesenta. Cal-

culábase que en un siglo habían muerto diecisiete millones. Desde tiempo há el término medio de mortalidad se calculaba de ciento a ciento veinte mil anuales. Los países más mortíferos, las mantanzas más espantosas de todos los conquistadores, no sumaban destrozos semejantes. Era una gigantesca batalla en que era derrotada la Francia anualmente, la abismación de toda fuerza, la pérdida de toda esperanza. El fin de todo aquello era la bancarrota, la muerte imbécil de toda la nación. Y Mateo, aterrado, huyó de allí, no teniendo otro deseo que la consoladora necesidad de ir a buscar a su Mariana, pacífica, bondadosa y llena de salud.

### III

Un jueves por la mañana almorzó Mateo con el doctor Boutan en el entresuelo que éste ocupaba en la calle de la Universidad, desde diez años antes. Por una extraña contradicción, que él mismo tomaba a broma, aquel apóstol de la fecundidad era aún soltero. Afirmaba riendo que así podía atender mejor a las mujeres ajenas, ya que no tenía que pensar en la propia. Tan ocupado le tenía su clientela, que cuando alguien tenía que hablarle con detenimiento de algún asunto importante, le invitaba a que almorzara con él y compartiera su frugal comida, que se componía invariablemente de huevos, chulelas y café. Mateo anhelaba consultarle acerca de su proyecto de explotar el dominio de Chantebled, proyecto que le quitaba el sueño y en el que fundaba las más halagüeñas esperanzas. Tomaba cada día mayor cuerpo la



Idea, la necesidad imperiosa de crear sin descanso, de hacer que la madre tierra produjera como producía su mujer; pero necesitaba un valor muy grande, una esperanza muy fundada para acometer empresa de tan alto vuelo y que a cualquiera que no estuviese animado de su fe, podía parecerle una locura. ¿Quién podía aconsejarle y disipar sus últimas dudas? Se le ocurrió la idea de consultar a Boutan y le pidió inmediatamente una entrevista. Era el mejor confidente que podía hallar, porque estaba dotado de una inteligencia clara, de una gran instrucción, sin prejuicios, amante de la vida en el más amplio sentido de la palabra. Esto debía permitirle apreciar el conjunto de la obra que anhelaba realizar Mateo, no fijándose, sino a la ligera, en las dificultades que forzosamente debían presentarse en los comienzos. Cuando estuvieron sentados frente a frente en la mesa, Mateo explicó rápidamente, con creciente calor, su ensueño, su poema, como decía sonriendo. El doctor le escuchó con atención creciente, sugestionado por la exaltación del futuro creador. Al cabo, después que hubo expuesto el delineante su plan, habló así:

—A decirle a usted la verdad, nada puedo aconsejarle prácticamente. En mi vida he plantado una lechuga siquiera. El proyecto parece, a primera vista, temerario y arriesgado en grado sumo. La gente perita le disuaría a usted probablemente de él. Se necesita una fe muy sólida, un empuje muy grande para acometerlo. Pero su convicción me contagia, y le predigo que triunfará usted. No solamente apruebo su proyecto, sino que sostengo que es necesario. Hace diez años que aseguro que si Francia quiere fortalecerse necesita volver al cultivo de la tierra, que ahora se abandona en manos de los más torpes. Las ciudades despueblan el

campo y el campo se venga a su vez no enviando como antes a las ciudades ríos de productos agrícolas.

Como después Boutan le preguntara con qué capitales contaba. Mateo le confesó la verdad, añadiendo que, para no contraer deudas, para asegurar su libertad de acción, empezaría por unas hectáreas de terreno y después extendería el cultivo al dominio entero. El sería la cabeza, y de fijo que no le faltarían brazos. Lo que le preocupaba era saber si Según estaría dispuesto a cederle el pabellón de caza y algún terreno pagando por anualidades. El doctor dijo, acerca de este punto:

—Creo que le hallará usted bien dispuesto, porque me consta que desea deshacerse de un modo o de otro de esas tierras que apenas le producen nada. Además, creo que tiene necesidad de dinero, porque esa familia anda de mal en peor.

Después preguntó:

—¿Ha comunicado usted su proyecto a Beat-chéne?

—No, a fe mía; y ruego a usted que, hasta que me decida del todo, me guarde el secreto. Yo mismo se lo diré.

Tomaron rápidamente café y Boutan le ofreció su coche, pues también iba a la fundición para enterarse del estado de Mauricio, que inspiraba algún cuidado a su madre. El niño, que se resentía aún de las piernas, tenía el estómago muy delicado y debía someterse a un régimen muy severo.

—Tiene el estómago perdido como todos los niños que no han sido criados por su madre. Su esposa no sabe lo que son esas indisposiciones de los niños y puede dejar que éstos coman lo que se les antoje. En cambio, ese pobre Mauricio, si come cuatro cerezas en vez de dos, ya tiene una



indigestión... Quedamos en que usted viene conmigo... Antes he de pasar por la calle Roquepine a encargar una nodriza; pero estaremos listos en un instante. Vamos.

Una vez en el coche dijo que iba precisamente para los Seguín a encargar una nodriza. En aquella casa todo iba de mal en peor. Seguín, movido de una repentina ternura hacia su esposa, se empeñó en escoger por sí mismo una nodriza para Andreíta. Creía entender en la materia y escogió una joven alta y robusta como una torre, con unos pechos enormes; pero la niña estaba en los huesos y, llamado Boutan, vió que se moría de hambre. Aquella joven no tenía leche; por mejor decir, resultó, después de un análisis, que era clara y nada nutritiva. ¡Qué asunto tan grave el de cambiar una ama de cría! En la casa soplaban vientos de tempestad. Seguín se enfadó y decía que no le hablaran de aquel asunto.

—Ahora,—añadió Boutan;—me han encargado a mí de la elección. Y la cosa urge, porque la niña está exánime. Da lástima ver criaturas así.

—¿Por qué no la cría su madre?—preguntó Mateo.

El médico replicó:

—Eso es exigir demasiado, amigo mío. ¿Cómo quiere usted que una parisiense perteneciente a la burguesía rica, con la vida que suele llevar, con el tren de casa que ha de sostener, continuamente ocupada en bailes, teatros y reuniones, pueda aceptar el deber, la tarea larga y penosa de dar el pecho a una criatura? Son de doce a quince meses de abnegación, durante los cuales es preciso renunciar a todos los placeres sociales. Y no hablo de las enamoradas, de las celosas, de aquellas que, entre el marido y el hijo escogen el primero por miedo a que las abandone. Ahí tiene

usted a la señora Seguín que afirma que no puede criar aunque quisiera. La verdad es que nunca lo ha probado. Al tener su primer hijo hubiese sido una nodriza como las demás; pero ahora los órganos se han atrofiado. Y hay que confesar que cuando tres o cuatro generaciones de madres no han criado, entonces sí es imposible que la última generación críe. Y parece decididamente que vamos a eso; a aclimatar una raza de mujeres capaces aún de concebir por casualidad; pero radicalmente privadas de criar.

Acordóse Mateo en aquel momento de lo que viera en casa de la Bourdieu y en el hospicio de los Enfants-Assistés y dió cuenta de sus reflexiones a Boutan. En concepto de éste, era preciso emprender una obra de solidaridad humana y de salvación social. Iniciábase ya un movimiento en tal sentido; pero tan débil, tan tímido, que de ninguna manera tenía eficacia suficiente para curar la abierta herida, por la que escapaban las fuerzas sociales más poderosas. Lo que se necesitaba eran medidas energicas y generales, capaces de salvar a la nación.

Era forzoso acudir en auxilio de las mujeres, desde los primeros síntomas del embarazo, cuando éste apareciera doloroso, o desde que llegaba a un punto en que todo trabajo, aun el más ligero, constituye un riesgo. La mujer pudiendo dar a luz con toda tranquilidad y hasta en secreto cuando fuera preciso, sin que se exigiera otra cosa de ella que ser buena madre; la mujer y el hijo alimentados y amparados hasta que aquella hubiese acabado de criar. Había que crear casas de refugio para las embarazadas pobres y para aquellas que quisieran ocultar su estado. Para combatir el mal, el enorme decrecimiento de natalidad, los infanticidios y abortos, no hay más que un remedio:



la previsión. Sólo con medidas preventivas podría combatirse y evitarse la hecatombe continua de recién nacidos, esa herida abierta en el pecho de la nación que por ella sangra y se aniquila.

—Todo puede reducirse a este axioma: la madre debe criar a su hijo. La madre debe ser sagrada en toda sociedad bien constituida. La virgen no es sino un embrión, una promesa, no una realidad. La madre en cambio simboliza la fuerza, la belleza, la plenitud, la eternidad de la vida. Debiéramos rendirle culto todos los nacidos. El día en que sepamos adorar, como se merecen, a las madres, aquel día se habrán salvado la patria y la humanidad. ¿Cómo arreglárselas para convencer a los parisienses, a las francesas todas que la belleza de la mujer consiste en ser madre y en tener un hijo sobre las rodillas? El día en que arraigase esa moda, como la de los peinados altos o la de las faldas escurridas, seríamos la nación más poderosa del mundo.

Calló unos momentos, como convencido de lo difícil que es cambiar las costumbres de un pueblo. Luego añadió sonriendo amargamente:

—En suma: para mí es preciso que todas las madres amamenten a sus hijos. Toda madre que no da el pecho, pudiéndolo dar, es una gran culpable... Además, en algunos casos de absoluta imposibilidad que a veces se presentan, se puede echar mano del biberón. En cuanto a esas nodrizas que crían en su casa, lejos de la de los padres, puede decirse que son la muerte segura para los niños; en cuanto a las nodrizas que crían en casa del niño, significan una transacción que a veces termina de un modo trágico: el doble sacrificio del hijo propio y el de la nodriza.

Detúvose el coche frente a la agencia de nodrizas de la calle de Roquepine.

—Apostaría cualquier cosa,—dijo alegremente el doctor,—a que no ha estado usted nunca en una casa de nodrizas, a pesar de tener cinco hijos.

—A fe que no,—replicó Mateo.

—Pues, entre usted conmigo y estudie. Es conveniente conocer todo lo de este mundo.

La agencia de la calle Roquepine era la más importante y de mejor fama del distrito. La dirigía la señora Broquette; una rubia cuarentañona, muy encorsetada siempre y ostentando de continuo un traje de seda de color de hoja seca, un tanto ajado. Esta señora representaba dignamente la seriedad de la casa y no tenía precio para tratar con la clientela; pero el alma de ella, el agente que trabajaba sin descanso estando al tanto de todo, era el señor Broquette, hombrecillo de unos cincuenta años, nariz afilada, ojos vivos y agilidad de ardilla. Estaba encargado del orden interior de la casa, de adriestar a las nodrizas, de hacer que las más astrosas y puercas adquirieran nociones de aseo y sonrieran y se mostrasen amables con los clientes. Desde la mañana hasta la noche se pasaba la vida rondando, gruñendo, husmeando entre aquel enjambre de aldeanas sucias, groseras, idiotizadas y a veces más ladronas que Caco. La casa, medio ruinoso, húmedo y no muy claro, se componía de planta baja—donde se recibía a la clientela—y dos pisos, divididos cada uno en muchos cuartos estrechos. Era una especie de casa de huéspedes de naturaleza muy especial, donde pasaban una o más noches las nodrizas con sus crías.

Aquello era un continuo fragor de entradas y salidas, un bullir de aldeanas y de niños de pecho, en que se mezclaban lloriqueos interminables y gritos e interjecciones no muy finas con toda suerte de hedores a cual más repugnante. Vivía además, en la casa, la señorita Herminia, hija de los



dueños, una muchacha pálida y ojerosa, devorada por la clorosis, que paseaba tranquilamente su virginidad exangüe entre aquellas carnes al descubierto, entre aquellas madres más o menos fecundas. Boutan, que conocía muy bien la casa, entró en ella seguido de Mateo. El corredor central, que era bastante ancho, terminaba en una puerta vidriera que daba a un patio pequeño plantado de lentecos arbustos, rodeados de un cuadro de césped que la humedad pudría. A la derecha de ese corredor estaba el despacho donde la Broquette recibía a los clientes y les mostraba las nodrizas cuando las quería examinar alguien. Estaba amueblado el despacho con una sillería de terciopelo rojo, un velador de caoba, un reloj dorado y algunos taburetes. A la izquierda del corredor, y junto a la cocina, estaba el comedor con dos largas mesillas forradas de hule que algún día fué blanco, y muchas sillas de anea que tenían medio destrozados los asientos. A pesar del barrido diario, no muy eficaz, había en los rincones suciedades endurecidas por el tiempo. Desde el dintel percibíase el olor de las grasas acumuladas en la cocina, de la leche agria, de los pañales mal lavados y de toda la ropa blanca, que no lo era, de aquellas campesinas mal clientes. En el momento en que Boutan empujó la puerta, encontróse con que la Broquette mostraba a un caballero, cuatro o cinco nodrizas. Hizo aquella un gesto significando que sentía estar ocupada.

—¡No! ¡no importa! Continúe usted—dijo Boutan;—esperaremos.

Por la entreabierta puerta vió Mateo a Herminia hundida en uno de los sillones de terciopelo rojo junto a la ventana, leyendo una novela, mientras que su madre de pie con aire digno, alababa la mercancía y dirigía el desfile de nodrizas que pa-

saban ante un señor anciano que no acertaba a decidirse.

—Vamos al jardín,—dijo el médico sonriendo.—Según rezaban los prospectos, la casa tenía jardín. Abrieron la puerta que daba a él y vieron sentada al pie de un árbol a una joven gruesa, llegada probablemente poco antes, que limpiaba las nalgas de una criatura con un trozo de periódico. Tenía un aspecto sórdido y sería preciso vestirla de nuevo antes de presentarla a los clientes. En un rincón estaba la ventana de la cocina, donde campeaban una porción de cachivaches llenos de grasa o comidos por la herrumbre. En el extremo opuesto, una puerta vidriera daba paso a la sala de espera de las nodrizas. Aquel cuarto apestaba y en él se veía toda suerte de pingajos secándose en unas cuerdas. De pronto precipitóse allí el señor Broquette, sin que pudiera saberse a punto fijo de donde salía. Había visto a Boutan, que era un cliente al que debía tratarse con mucho miramiento y acudía a saludarle. Sus ojillos de hurón se fijaron en la muchacha que limpiaba a su hijo e insistió para que aquéllos pasaran a una habitación donde pudieran esperar decorosamente instalados. El médico había hecho ya que su compañero examinara la sala común de las nodrizas. Allí había siete u ocho desabrochadas, desperezándose o bostezando, durante las largas horas de somnolencia y de pereza que pasaban por aquel cuarto, sobre las banquetas adosadas a la pared. Para descansar más a sus anchas dejaban los chíquillos sobre la mesa, como si fueran paquetes. En el suelo había toda suerte de porquerías; papeles grasientos, cortezas de pan medio roídas y guñapos inmundos. A los dos hombres se les revolvió el estómago viendo aquel establo parecido al de una vaquería mal cuidada.



—Le ruego a usted que siga, señor doctor,—repitió el señor Broquette.

Comprendió éste que era preciso mostrarse incomodado para salvar el renombre de aseo que había adquirido el establecimiento, y descargó su cólera contra la muchacha sentada al pie del árbol.

—Diga usted, so puerca, ¿por qué no pedía un poco de agua templada para limpiar al niño? ¿Qué hace usted ahí? ¿Por qué no ha subido usted a cambiarse de vestido? ¿Será preciso que yo la limpie la cara tirándole un cubo de agua?

Y la obligó a levantarse y pasar delante de él azorada y temblorosa. Después de acompañarla hasta la escalera, volvió al lado de Boutan y Mateo, lamentando lo ocurrido.

—¡Si supiera usted, doctor, lo que me cuesta conseguir que estas mujeres se laven! ¡Nosotros que somos tan limpios y que deseamos que la casa esté aseada siempre! Puedo asegurarle que no es culpa mía si ellas son unas marranas.

Desde que subió la muchacha habíase desencadenado una tempestad en el piso alto. Se oía un ruido atroz que llegaba al oído de los visitantes por aquella escalera, que olía mal como una cloaca. Y como aquel olor emponzoñado se mezclaba con el ruido infernal de la disputa, aquello llegó a ser intolerable.

—Le ruego me dispense usted; la señora le recibirá en seguida.

Y subió volando la escalera. Al momento oyóse como un estallido y después todo quedó en silencio; sólo se oía la voz de la señora Broquette, que en el despacho, continuaba alabando su mercancía.

—Pues bien, amigo mío,—añadió Boutan, mientras esperaban;—este reverso material de las cosas

no tiene importancia si se compara con el reverso moral. Observe usted también que esta casa es de las mejores de su especie, porque hay infinidad de ellas que son verdaderas cavernas, que la policía tiene que cerrar porque se cometen en ellas las más graves infracciones. Es indudable que se ejerció alguna vigilancia, no hay duda que existen reglamentos de policía que obligan a las nodrizas a no presentarse ante nosotros sin libretas ni certificados de buena conducta, que deben estar provistas de toda clase de documentos, que están obligadas a avisar desde el primer día en la Prefectura en la que se les concede la última autorización. Se procura atenuar el mal; pero todo ello es insuficiente: precauciones ilusorias que no impiden ninguno de los fraudes, ninguna de las abominaciones que se perpetran casi a la luz del día. No se puede saber nunca a ciencia cierta el tiempo que tiene la leche, ni si hay mujeres embarazadas de pocos meses que tienen la desvergüenza de presentarse como recién paridas, ni si los niños que presentan las amas son suyos o si los han tomado prestados en su pueblo, para hacer creer que los crían sanos y robustos. No es posible imaginar todas las argucias homicidas, todos los embustes que inventan para engañar a mansalva, para cumplir del todo la obra abominable que empieza con los fraudes conyugales y termina con la crianza mercenaria. Para mí, el solo hecho de elegir ese oficio de amas de cría, coloca a los que la ofrecen en el más bajo nivel imaginable. No hay industria más repulsiva ni más degradante. Muchas jóvenes, duchas en la materia, buscan al hombre por el mismo motivo que se hace cubrir la vaca por el toro; por la leche. El niño no es sino una necesidad que hay que aceptar para ha-



cer negocio. Es el último grado de la bajeza estúpida, de la inconsciencia criminal... El trato que se cierra es doblemente criminal, pues no solamente muere el niño por mamar una leche distinta a la que le había designado la naturaleza, sino que muere también el niño de la nodriza al ser alimentado con una bazofia que no quisieran las bestias. De modo que hay dos víctimas y que las dos madres son culpables de homicidio, del homicidio más inicuo y cobarde y vil que imaginarse pueda, como que se ejecuta sobre un sér indefenso y débil. Y lo más pavoroso del caso es que nadie clama contra tales asesinatos, que debieran levantar un grito general de reprobación. ¡Ese es un abismo sin fondo y el país entero caerá en él si no se deja de pagar ese inmenso tributo a la nada!

Mientras hablaban, habíanse detenido ante la puerta del refectorio y al quedar ésta abierta, vieron a la Couteau sentada entre dos aldeanas de buen aspecto y muy bien trajeadas. Como había pasado ya la hora del almuerzo, las tres comían muy aprisa sin plato ni cubierto. Sin duda eran las últimas nodrizas que quedaban sin colocar de las que la Couteau trajera de Rougemont. El comedor, con sus mesas mojadas de vino, sus paredes manchadas de grasa, exhalaba un olor de fregadero sucio que se percibía desde el corredor.

—¡Conoce usted a la Couteau!—exclamó Boutan. —Entonces, ya ha llegado a ver el fondo del abismo. La Couteau es un ogro hembra. ¡Y pensar que en nuestra organización social es un poco menos que una rueda inútil! ¡Y me puedo tener por afortunado si logro quedarme con una de las amas que acaba de traer!

La señora Broquette le hizo entrar en el despacho. El cliente anterior, a pesar de la exhibición

que había presenciado, no se decidió y se marchó diciendo que volvería.

—Hay personas que no saben lo que quieren... Le ruego a usted nuevamente que me dispense... Si desea usted una buena nodriza, espero que quedará satisfecho, pues acaban de llegar algunas excelentes. Voy a enseñárselas a usted.

Herminia no se dignó siquiera levantar la cabeza y continuó leyendo la novela en el fondo del gran sillón. Mateo se apartó un poco y sentóse mirando a Boutan que, atento, de pie, sin perder un detalle, esperaba el desfile. Empezó al momento. La señora Broquette hizo pasar la flor y nata de las nodrizas, por grupos de tres, llevando cada cual su cría en brazos. De este modo desfilaron doce, distintas todas de aspecto y vestido. Las había bajas y membrudas, altas y amojamadas como postes, rubias y blancas, morenas y pelinegras, feas y bonitas, vivas y sosas; però todas tenían estereotipada en los labios la misma sonrisa tonta e inquieta y esa cara ansiosa de la criada que desea alquilarse, de la esclava que teme no hallar comprador. Se ofrecían procurando atraer el cliente y cuando creían que éste mordía el anzuelo era de ver su alegría, y la cara iracunda y desesperada que ponían cuando imaginaban que sus compañeras iban a ser elegidas. Entraban como una fila de gansos, contoneándose, y saliendo de la misma manera, pisando pesadamente el suelo, cansadas y aburridas. De aquellas doce, apartó tres el doctor, después de un breve examen. Luego quedóse solo con una para someterla a un examen más detenido.

—Ya se conoce que el señor es inteligente,—dijo la Broquette con una sonrisa halagadora;—no tengo con frecuencia perlas semejantes. Llegó hace poco, de no ser así ya estaría colocada. Y puedo



responder de ella al señor doctor, porque la coloqué otra vez.

Era una joven de unos veintiséis años, morena, de estatura regular, la cara redonda y vulgarota; pero como había sido doncella en una casa de París, se presentaba con bastante desembarazo.

—¿Dê modo que ese niño no es el primero?

—No, señor; es el tercero.

—¿Está usted casada?

—No, señor.

Boutan quedó satisfecho, porque aunque parezca aquello un apoyo indirecto a la mala conducta, siempre son preferidas las solteras a las casadas.

Suelen mostrarse más dóciles y cariñosas y no exigen tanto dinero ya que no tienen el engorro de una familia y un marido que mantener. Sin hacerla más preguntas, y después de revisar sus documentos, la sometió a un examen general. Le examinó las encías y los dientes, convenciéndose de que tenía la dentadura blanca y sana. Luego palpó las glándulas del cuello y la llevó a su gabinetito para un examen más íntimo. Cuando volvieron siguió el minucioso examen de los pechos, del pezón y de la cantidad y calidad de la leche, de la que ordeñó unas gotas, probándola y mirándola a plena luz.

—Está bien, está bien,—decía de vez en cuando.

Por último miró al niño del que la madre se había desembarazado dejándolo en un sillón y que estaba muy quietecito y con los ojos muy abiertos. Era un niño de unos trece meses, de aspecto fuerte y robusto. Después de mirarle la planta del pie y las palmas de la manos, examinó las mucosas, porque así se descubre la sífilis hereditaria. Estaba sano.

Preguntó el doctor:

—¿Me asegura usted que es hijo suyo?

—¿De quién si no?

—¡Diablo! ya sabe usted que los chiquillos se prestan.

El examen había terminado. Sin embargo, no se decidía, sin saber por qué, ya que aquella mujer reunía todas las condiciones requeridas. La contempló un rato y preguntó:

—¿Están sanos los de vuestra familia? ¿No han tenido ningún pariente que haya muerto del pecho?

—Ninguno, señor.

—Bueno; tampoco lo confesarían ustedes. Las libretas debieran contener esos informes. ¿No tiene la costumbre de beber?

—No, señor.

La nodriza se incomodó y hubo que calmarla. Después iluminó su rostro una alegría muy viva cuando el médico, haciendo un gesto que significaba que se arriesgaba al fin, dijo:

—Está bien. La tomo... Si el niño puede marchar en seguida, hoy mismo la presentaré a usted en la casa... ¿Cómo se llama?

—María Lebleu.

La Broquette, que no se permitió intervenir porque se trataba de un médico, conservaba su aire digno y majestuoso. Volvióse hacia su hija:

—Herminia, ve a ver si está ahí la señora Cou-teau.

Pero como la joven levantó sus ojos parados y soñolientos con aire de no haber comprendido una palabra, pensó que lo mejor era ir a verlo por sí misma. Y volvió con la Cou-teau, que iba a marcharse con las dos nodrizas. Estas quedaron esperando en el corredor. El médico arregló la cuestión del dinero. Ochenta francos mensuales para la nodriza, cuarenta y cinco francos para la agencia por gastos de presentación y alimentación de



aquella y treinta francos para repatriar al niño, sin contar la propina de la corredora.

—Me marchó esta noche,—dijo la Couteau,—y no tengo inconveniente en llevarme al niño. ¿Dice usted que es la Avenida de Antín? Precisamente allí sirve una paisana mía. María puede presentarse en seguida. Yo, dentro de dos horas, vendré por el niño.

En aquel momento y por la entreabierta puerta, Boutan vió a las dos aldeanas jóvenes, que reían y se daban empellones jugando como dos gatitas.

—No me ha enseñado usted estas... Son guapas, ¿también serán nodrizas?

—¡Nodrizas! No, señor;—respondió la Couteau con su sonrisa incisiva.—Son unas jóvenes que me recomendaron para que las colocase.

Al entrar, y a hurtadillas, dirigió una mirada a Mateo, al que no pareció reconocer y que asistía impasible a aquel mercado en que no faltaba ni la carne que se compra ni la madre que se vende.

Se enteró de todo sintiendo que se le oprimía el corazón y se le sublevaba la conciencia. Se sobrecogió cuando la corredora se volvió hacia aquel niño tan hermoso y tan quietecito del que quería desembarazarse la nodriza. Parecióle verla en la estación de San Lázaro junto con otras cinco, que llevaban cada una un niño en brazos, semejantes a cornejas de duelo y matanza. Era la implacable incursión de rapiña y muerte que acababa con la vida del gran París; un nuevo y criminal convoy hacia las soledades del anonadamiento; era el doble homicidio de dos niños, el de la nodriza y el que iba a chupar un pecho mercenario. Cuando Boutan y Mateo se marchaban acompañados por la Broquette, que se deshacía en reverencias, vieron a la Couteau y a Broquette en animado colloquio. Este último estaba aún excitado por una dis-

puta que acababa de sostener con el carnicero, que siempre se burlaba de sus clientes y hacía comer a las nodrizas los desechos del mercado. En aquel momento cuchicheaban la Couteau y él en voz baja, dirigiendo significativas miradas a las dos lindas aldeanas que acompañaban a aquella. Sin duda tenía alguna idea; la de proporcionarles una buena colocación.

—¡Para todos los oficios!—dijo el médico al subir al coche.

En el instante en que llegaban a la fundición, y ante la misma puerta, tuvieron un encuentro que causó lástima a Mateo. Reina, vestida de riguroso luto, acompañaba a su padre al despacho después del almuerzo. Al día siguiente del entierro de Valeria, el pobre hombre volvió a la fundición a continuar su eterna tarea con una resignación y un anonadamiento que se parecían mucho al olvido. No se decidió a dejar la habitación que ocupaba, aún cuando era cara. Su esposa había vivido allí, le habían agradado aquellas habitaciones y aquel lujo y quería conservar todo aquello para Reina. Toda la ternura de su corazón se convirtió hacia aquella niña, cuya semejanza con su madre le trastornaba, contemplándola horas seguidas con los ojos preñados de lágrimas. Era una gran pasión que empezaba, y desde que murió Valeria únicamente pensó en el modo de poder dotar ricamente a aquella niña. Se hizo avariento en todo lo que a Reina no se refería y formó el propósito de buscar trabajos suplementarios para ganar más dinero, para aumentar su dote y su bienestar. Si ella se hubiese muerto de tristeza y abandono; Reina era su vida.

—Sí, señor,—dijo Reina sonriendo, a una pregunta de Boutan;—le acompaño todos los días, porque así le hago pasear un poco antes de po-



ñerse a trabajar. Si no lo hago así, se encierra en su cuarto y no se mueve.

Hizo Morange un gesto como para excusarse. En efecto, roído por la tristeza y el remordimiento, pasábase horas y horas encerrado en su cuarto, contemplando retratos de su esposa de los que tenía catorce o quince y que había pegado a la pared.

—Hoy hace un buen día, señor Morange,—dijo Boutan,—y hace bien en pasearse.

El pobre hombre levantó los ojos y miró asombrado el sol, como si aun no hubiese advertido que brillaba.

—Es verdad, hace un día magnífico... y además también le conviene a Reina pasear un poco.

Y contempló con inmenso cariño a su hija que estaba preciosa con su traje de luto. Temía tanto que se aburriese durante las largas horas que él pasaba en el despacho. Sabía por experiencia cuán horrible es la soledad.

—Papá no quiere creer que una niña de mi edad no se aburre nunca. Además, desde que murió mi pobre mamá, he debido convertirme en una mujercita... Algunas veces la baronesa viene a buscarme.

De repente lanzó una exclamación viendo un carruaje que se paraba en la acera. Por la portezuela asomó la cabeza de una mujer conocida de todos.

—Mira, papá; aquí está la baronesa... Habrá ido a buscarme a casa y Clara le habrá dicho que había venido a acompañarte.

Así era en efecto. Morange acompañó a Reina junto al coche, y cuando la niña desapareció dentro de la berlina se deshizo en cumplidos, pensando en lo que iba a divertirse su hija... Luego, después de mirar un momento cómo desapare-

ció la berlina se dirigió a la fundición con aire abatido, envejecido de pronto, sin saludar siquiera a sus amigos, no sintiendo sino el peso abrumador de su soledad.

—¡Pobre hombre!—murmuró Mateo, a quien la aparición de la cabeza burlona de Serafina había producido una impresión como de espanto.

En aquel momento se abrió una ventana del hotel y Beauchéne hizo una seña a los dos hombres, indicándoles que subieran. Hallaron a Constanza y a Mauricio en el salón, acompañados de Beauchéne que fumaba un buen cigarro. Boutan se fué derecho al niño y lo examinó con detención. En tanto que hablaba con su madre, Beauchéne se llevó a parte a Mateo.

—¿Cómo no me ha dicho usted que Norina estaba ya fuera de cuidado?—preguntó riendo.—Ayer la ví en la calle.

Reíase contento y lanzaba grandes bocanadas de humo. Respondióle Mateo que no había querido ser el primero en hablar de aquel asunto y que esperaba que él le preguntase. Añadió que sólo tenía que enseñarle los comprobantes. Empezaba a darle algunos detalles cuando Beauchéne le interrumpió:

—¿No sabe usted que tuvo la audacia de pedir trabajo al jefe del taller de mujeres? Por fortuna preví el golpe y el encargado contestó que por el buen orden de la casa no se la podía admitir de nuevo. Eufrasia, que se casa la semana que viene, aún está en el taller y de nuevo hubiesen andado a la greña. De todos modos no es conveniente que esté en mi casa.

Tomó una copa de cognac, la apuró de un sorbo y añadió alegremente:

—Es demasiado bonita para trabajar.

—No,—replicó Mateo a tal abominación.



Sabía que Norina, que salió pocos días antes de casa la Bourdieu, no queriendo volver a su casa, había ido a la de una amiga que vivía con un amante. Después de su infructuosa tentativa en casa Beauchéne, estuvo en dos talleres más y no halló trabajo. Verdad es que tampoco lo buscaba con gran empeño. Los hábitos de pereza contraídos durante los últimos meses de embarazo, la costumbre de dormir mucho y despertarse en una habitación decente, habíanle hecho odiosa la ruda vida de obrera y sentía ansia de no volver a curtir sus blancas y suaves manos, de pasarse la vida sin trabajar, siendo una de las sacerdotisas del placer cuyo templo es la acera de los boulevares.

—Como decía,—añadió Beauchéne,—la ví muy elegante y empingorotada, del brazo de un mocetón barbudo, que se la comía con los ojos. ¡Le aseguro a usted que ya está lanzada! No se puede figurar cuán satisfecho quedé. ¡Aún me estoy riendo!

Exhaló un profundo suspiro, como si le hubiesen quitado de encima un peso enorme. Después de aquella enojosa aventura, se enredó con una mujer casada, de la que se apartó bruscamente temiendo caer en un nuevo lazo. Ahora había vuelto a los amores callejeros, a las muchachas que se venden al primero que las compra y cuya complaciente docilidad saciaba su apetito sexual. Nunca había estado tan contento de sí mismo.

—¿No recuerda usted lo que dije un día? Era de prever. Primero pensó que podría venderse muy cara y aguardó pacientemente. Después se entregó a un tabernero. Buscó un burgués imbécil, y como no hizo fortuna, buscó otro amante, y ahora toma otro y otro, cambiando como de camisa... ¡o más! Era de prever; no me he engañado. ¡Buena suerte y que le aproveche!

Volvíase ya hacia su esposa, cuando le asaltó un recuerdo, y preguntó en voz baja:

—Desea usted que el niño...

Y cuando Mateo le hubo dicho que él mismo lo llevó al Hospicio, le estrechó vigorosamente la mano.

—Bien amigo mío... Ya estoy tranquilo.

Fuése hacia Constanza, que seguía consultando al médico y tenía al niño sobre sus rodillas, contemplándole con la celosa ternura de la madre que adora a su hijo y funda en él las más caras esperanzas de su vida y la realización de sus sueños de gran fortuna. De pronto dijo:

—En tal caso, doctor, yo sería la culpable...

¿De veras cree usted que el niño criado por su madre es más fuerte y robusto y resiste mejor las enfermedades de la infancia?

—Sin duda alguna, señora.

Beauchéne, mascando su cigarro, se encogió de hombros y se echó a reír.

—¡Déjale! El chico vivirá cien años. La borgoñona que le crió es fuerte como una roca. Veo, doctor, que está usted decidido a decretar el amantamiento maternal obligatorio.

Rióse también Boutan.

—¿Por qué no?

Beauchéne habló largo rato en broma sobre aquel tema. Imaginaba todas las fiestas y diversiones suspendidas por aquel amantamiento general, sin una sola mujer que tuviera la garganta presentable después de los treinta años; los maridos obligados a tener un serrallo con mujeres de recambio durante los quince meses de lactancia.

—En fin, que quieren ustedes una revolución.

—Eso es,—contestó el médico tranquilamente,—y espero que se hará.